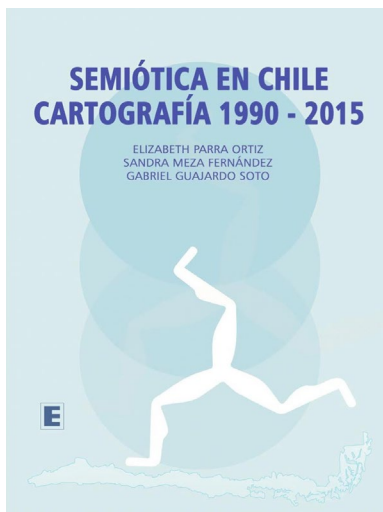


Semiótica en Chile. Cartografía 1990-2015

Elizabeth Parra, Sandra Meza y Gabriel Guajardo. (2021). *Semiótica en Chile. Cartografía 1990-2015*. Santiago de Chile: Ediciones Escapate. 311 páginas. ISBN 978-956-394-055-8.



En aquellos textos que me interesan, suelo preguntarme por el impulso o la potencia que los guía más globalmente. No exactamente por el modo cómo devienen acto, pero sí sobre el nervio o energía que los conduce o, dicho más precisamente, sobre el marco o las ideas-fuerza que pautean sus singularidades. Siguiendo en esta perspectiva, me ha parecido que el texto de las profesoras Elizabeth Parra y Sandra Meza y del profesor Gabriel Guajardo, sin dejar de moverse en direcciones diversas y complementarias, y conservando siempre su temple crítico, se inscribe en una de las tramas de lo que se ha denominado el proyecto moderno.

Esta trama expresa, claro está, una determinada visión de la modernidad que admite distintos recorridos, tanto afirmativos como críticos. Ella es importante por varias razones. Su repercusión no ha sido menor y ha operado como un productivo y comprensivo lugar de enunciación. La trama a la que me refiero ha sido recogida, además, por autores diversos: desde Max Weber hasta Jürgen Habermas, por citar

dos bien influyentes. No hay que olvidar que desde esta singular visión, en el propio “desprendimiento” o “liberación” de distintas esferas de racionalidad o de valor, el proyecto moderno aspira realizar el objetivo de “desencantar” el mundo, ya no deudor de la vieja alianza o tronco teológico-filosófico; que este proceso de “desacralización” y de relativa “autonomización” de esferas o ámbitos distintos (la ciencia, la moralidad y el arte remarcará, por ejemplo, Habermas), alejado de esa “razón sustantiva” o integradora señalada por Weber, es lo que permitiría la “especialización”, el “progreso” del conocimiento, así como la posibilidad de apropiación social, aún incompleto según el mismo Habermas, de este proceso.

Es este relato, y sus aperturas, sean éstas verosímiles o no, el que he creído percibir como condición de la pregunta por la “semiótica”. Y es en el seno de este marco, asumido con libertad y criticidad, que tienen lugar una serie de tópicos que examina el texto, ya sea directamente, ya sea gracias a las sugerentes intervenciones de no pocos cultores entrevistados. La búsqueda, y problematización a la vez, del reconocimiento o la validación por la comunidad científica de los estudios o de la disciplina semiótica en Chile adquiere así pleno sentido. “La semiótica —se dice— tiene derecho a ser legitimada como ciencia por la comunidad de científicos”. Más allá de concebirla sólo como “herramienta” metodológica, aunque sin dejar de reconocer las aperturas que una aplicación creativa puede tener en el ámbito más teórico, lo que mueve, a mi juicio, el texto que reseño, su *pathos*, es la cuestión de la “legitimación” de la semiótica; cuestión que se presenta a la vez como aspiración y constatación de su falta, pero también —es importante recalcar— como crítica o problematización.

Lo dicho, es decir, una cierta “normalización” o “reconocimiento” de la disciplina como tal en el concierto de otras disciplinas con las cuales se vincula, no se hace sin desconocer, o con una aguda conciencia más bien, del carácter inter o transdisciplinario de la semiótica, de la dificultad de identificar una disciplina única o incluso de su postulado como “metateoría” (Manuel Jofré). Si bien los matices o los alcances no son pocos, e incluso el esfuerzo mismo de “racionalización” o de “sistematización” específica de este saber no escapa a la criba crítica, lo cierto es que el texto da cuenta de un impulso o de una potencia

que aparece una y otra vez: la necesidad de examinar desde distintas perspectivas las posibilidades o —insisto en este punto— los problemas que presenta la “legitimación” de un saber en un contexto particularmente complejo y diverso en el ámbito epistemológico.

Como se sabe, el problema de la “legitimidad” trae aparejado cuestiones no menores en el debate más actual (Miguel Valderrama), porque nos conecta no solo con cambios en la naturaleza misma del saber y su relación con los sujetos y con la verdad (Charles Taylor) o con la crisis más global del “dispositivo metanarrativo de legitimación” (Lyotard, 1994), sino también con los efectos que en las demarcaciones disciplinarias trae la propia universalización o extensión “infinita” del mundo del signo, provocadas por desarrollos importantes de la semiótica precisamente.

En un plano ahora más acotado, hay varios temas y tensiones que toca el texto que también descansan en el marco señalado. Enumeremos algunos: 1. La constitución, como ya se ha dicho, de un campo disciplinar más o menos específico y su (no) reconocimiento académico e institucional; el modo como la dispersión de este campo ha conspirado contra este esfuerzo de reconocimiento, así como la pregunta misma sobre su “cientificidad”. En esta misma dirección, la problematización del “objeto” de la semiótica, de su contribución a la precisión de la idea de “signo” [ese “substituto significante de cualquier cosa”, diría Umberto Eco] y a la comprensión de unos procesos de “significación” referidos a objetos y acciones del mundo. 2. La semiótica y su inevitable relación o compenetración con otras disciplinas, artes o análisis, así como el influjo que en ella ejerce la diversidad o la pluralidad cultural. 3. Los distintos territorios o temáticas diferenciadas de la semiótica, su relación con la política, con el mercado, y su muy particular aporte a los estudios en comunicación. Esta última línea es interesante no solo por los desarrollos que ha tenido sino, también, por el modo como una concepción recurrente de la semiótica reconoce a la comunicación, a la transmisión o al intercambio como parte de la composición de la semiosis, como parte del propio devenir de un signo en otro, de las sucesiones o encadenamientos de un proceso que es, a la vez, significativo, interpretativo y comunicacional. Un entramado que reemplaza al solitario cogito y donde todo signo, nunca aislado, siempre alude “a algo para alguien” (Morris, 1994).

Estos temas y tensiones son reveladores de ese referente general, muy propio de un cierto relato moderno, que tiende a acentuar la cuestión epistemológica (en desmedro del tema del ser, podríamos decir), el posicionamiento de los saberes, la aspiración de la “autonomía” (siempre compleja o problemática), los distintos usos, reglas o “juegos del lenguaje” (Wittgenstein, 1977) que se constatan y su agonística (Lyotard), la dispersión interpretada a ratos como amenaza, la valorización, por otro lado, de la inter o transdisciplina y también de los factores culturales, así como la centralidad o incluso el carácter modélico en varios sentidos que toma hoy la comunicación.

Pero estos no son los únicos temas y tensiones que se destacan. Haciéndose visible en el propio título del texto, está también la pregunta sobre la posibilidad misma de hacer una genealogía de la semiótica en Chile. Fuera de la raíz igualmente moderna que tiene esta interrogante (les sabido que no hay modernidad sin una historia que la testifique), esta pregunta no es tampoco ajena al proceso de constitución de un saber que, como la semiótica, puede ser percibida a la luz de su tradición ya sea como ciencia, como campo o como orientación. El objetivo de “normalización” y de “reconocimiento” que destaque más arriba requiere en principio de una historia o de unas tradiciones que puedan respaldar este objetivo. La presente investigación, advertida de la necesidad de contar con una memoria, con un cierto acumulado de saberes, con un registro de opciones o giros, se hace cargo precisamente de este tópico, introduciendo no pocos bemoles, abriendo así el abanico de problemas que le están adheridos.

Como decía, la posibilidad misma de hacer una “genealogía” de la semiótica en Chile, que no se contente con repetir las etapas, escenas o momentos que se han dado en Europa o en Estados Unidos, o que sea capaz de levantar preguntas y exigencias provenientes de nuestro entorno cultural y académico, es otra de las ideas-fuerza de la investigación que presento. En este plano, las respuestas tienden a ser desalentadoras. Se señala la dificultad en nuestro medio de constituir escuelas o que éstas, cuando existen, suelen ser esquivas o débiles; la ya mencionada dispersión del campo; la semiótica concebida más como aplicación técnica que como disciplina portadora de exigencias teóricas propias; la instrumentalización de la escritura y de

la productividad de relevancia institucional y la ya varias veces destacada “tiranía del *paper*”, así como el enclaustramiento o desafección política que estas prácticas o decires estarían generando.

Lo que habría, entonces, a juicio de las autoras y el autor del libro, es más un “desarrollo discontinuado de la semiótica en Chile”, sin escuelas ni grupos de estudio con suficiente espesor para marcar tendencias específicas. Un desarrollo —se señala— que quizá se explique menos por sí mismo que por las relaciones que entabla con otras disciplinas y temas. Ante la ausencia de una “genealogía” con suficiente base, el texto que comento se ve obligado a resaltar más la faceta epistemológica que ya he subrayado, rozando incluso dimensiones que podríamos identificar como filosóficas: me refiero a la condición irremediablemente “simbólica” del ser humano; a ese desajuste constitutivo, no identificable, siempre diferido, entre los signos y las cosas; o a la distancia o ajenidad que se da entre una semiosis y otra.

Lo dicho no significa que el texto no detecte tendencias generales presentes en el tipo de semiótica que se practica en Chile: el influjo que ha ejercido entre nosotros el estructuralismo francés gracias, entre otros, a Roberto Hozven, o de Greimas debido al texto *El discurso público de Pinochet* de Giselle Munizaga, las lecturas de las obras de Umberto Eco y, sobre todo, las reorientaciones de Charles Peirce. La preferencia, se podría decir, que se da a la “semiótica” anglosajona por sobre la “semiología” más bien francesa. Si bien la crítica a Ferdinand de Saussure en beneficio del giro semiótico pragmático de Peirce o el paso del prurito por el sistema de la “lengua” a los procesos sociales de significación (en la línea de Eliseo Verón, por ejemplo), es bastante claro, confieso no haber logrado advertir si estos giros dan cuenta de un “transcurso” o de unas “rupturas” suficientemente visibles o relevantes prácticamente entre nosotros; percepción que seguramente comparten las investigadoras y el investigador del libro en cuestión. Esto no es, sin embargo, impedimento para dejar de mencionar figuras que han sido importantes cultores de la disciplina que nos interesa. Desde el aporte crítico de Armand Mattelart, pasando por los “estados del arte” de Elizabeth Parra, hasta el reciente libro de Rubén Dittus, el texto menciona un número no menor de destacados cultores de la semiótica provenientes de distintas disciplinas.

Sin atreverme a hacer un listado (en el campo de la semiótica —bastante menos de lo que declaran varios de los entrevistados en el texto— apenas he podido “entrar y salir” ocasionalmente), solo me animaría a destacar dos académicos que he tenido la suerte de leer, escuchar y apreciar sus importantes aportes en el campo de la comunicación social. Me refiero a Rafael del Villar —auténtica consciencia de la semiótica en Chile— y sus investigaciones, por citar solo una faceta de su trabajo, sobre la animación japonesa y sus “pulsiones” (Freud), con sus consecuencias en el mito de la intencionalidad o la coherencia de los “sujetos”, reemplazados en la japoanimación por una “cadena” sin fin de causas y efectos. Y desearía destacar igualmente a Álvaro Cuadra y su profundización, de la mano de Walter Benjamin y Bernard Stiegler, en el advenimiento de la “hiperindustria cultural” y su nuevo “régimen de significación”.

Para finalizar esta reseña, digamos que una de las contribuciones más importantes del presente texto, más allá de ciertas formalidades que se le podría criticar, es haber sabido poner en tensión, sin separar, dos perspectivas analíticas plenamente pertinentes para seguir el desarrollo de la semiótica: una cierta —y advertida— valorización de los procesos de racionalización, legitimación o autonomización (relativa) de este saber, por un lado, y la revisión a la vez de las bases epistemológicas, de las objetivaciones efectivas o del propio entretejido intrahistórico de estos procesos, sin escabullir sus limitaciones, deudas pendientes o inestabilidades políticas o institucionales.

Carlos Ossandón Buljevic

Profesor Titular Universidad de Chile
cob2002@u.uchile.cl

Referencias

Lyotard, J. (1994). *La condición postmoderna*. Cátedra.

Morris, Ch. (1994). *Fundamentos de la teoría de los signos*. Paidós.

Wittgenstein, L. (1977). *Investigaciones filosóficas*. UNAM.